

mano del antipapa Víctor IV indujo á los cismáticos á suscitar un nuevo antipapa, recayendo la eleccion en Lando Sitino, de la familia de los Frangipani, que tomó el nombre de Inocencio III.

No obstante, este último esfuerzo de los cismáticos no dió resultado; porque, privados del apoyo del Emperador, y disminuido su partido desde que se firmó la paz entre la Iglesia y el imperio, el nuevo antipapa tuvo que encerrarse en un castillo próximo á Roma, propiedad del hermano del antipapa Víctor IV.

Al poco tiempo, Alejandro III logró apoderarse del castillo y del antipapa, y Sitino fué encerrado en el monasterio de Cave, donde murió.

CAPITULO TERCERO.

SIGLO XIII.

SUMARIO.—I. Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.—II. Otton IV, emperador de Alemania.—III. Pedro de Vignes.—IV. Federico II, emperador de Alemania.—V. Juan de Colonna, cardenal.—VI. Jacobo de Hungría, hereje.—VII. Ezzelino de Romano.—VIII. Enrique 6 Encio, rey de Cerdeña.—IX. Tadeo de Suessa.—X. Gerardo Segarelli, hereje.

I.

Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.

(MURIO AÑO 1216 DE N. S. JESUCRISTO.)

El siglo XIII no comenzaba bajo buenos auspicios para la Iglesia.

Los Monarcas y los pueblos, desconociendo los grandes servicios que debian á la Santa Sede, pretendian ya sacudir como un yugo enojoso la proteccion de los Pontífices, y sustituir la

preponderancia de la autoridad eclesiástica con la secular ó política. Qué extraño es que las naciones, al adquirir tan perniciosa independencia, y faltas de la influencia superior y divina de la Iglesia, que las regulaba á todas, conservando un saludable equilibrio, chocasen unas contra otras en guerras nacionales, ó se agitasen ellas mismas en discordias intestinas!

Por otra parte, esta emancipacion se hizo en el fondo y en la forma de una manera violenta y que pudiéramos calificar de revolucionaria, porque, no solo se quiso establecer una situacion política enteramente nueva, con escarnio de los derechos sacratísimos que habia adquirido legítimamente la Iglesia, y tenian la sancion de los siglos, sino que se la quiso arrebatat tambien otros derechos exclusivamente suyos, y que bajo ningun título, ni por concepto alguno, podia ejercer nunca el Estado.

No obstante, la rudeza de los tiempos hizo que se atropellase por todo con brutal violencia, y de aquí que se encarnizase aquella guerra santa, iniciada por un Papa Santo, el gran Gregorio VII.

Las consecuencias de esta lucha no pudieron ser más funestas, por la obstinacion de algunos príncipes y sus infucos manejos.

Cuando los soberanos se acostumbraron á rebelarse contra los Papas, y pretendieron extender á costa de la sagrada soberania la que ellos conservaban, ó habian adquirido ó robustecido gracias á la proteccion de su iglesia; cuando, abusando de las concesiones con que los honró la Santa Sede, llegaron á constituirse en pontífices de sus Estados, y aun en árbitros de la Silla de Pedro, la perturbacion fué general; porque aún no estaba asegurada la constitucion política de los pueblos, ni habia derecho, legislación, ni autoridad que sustituyesen al arbitraje de los Santos Pontífices. El mundo quedó abandonado al derecho de la fuerza, y los pueblos entregados al capricho ó á la tirania de sus soberanos.

Así fué que á las luchas que suscitaron contra la Santa Sede en el siglo XI Enrique IV de Alemania y Guillermo el Rojo de Inglaterra, siguieron en el siglo XII las de Enrique V, Federico I y Enrique VI en la misma Alemania, y en el XIII las de Juan sin Tierra en Inglaterra, y las de Othon IV y Fedeaico II en Alemania.

Juan sin Tierra fué el primero que en este siglo continuó el funesto ejemplo de los Monarcas que acabamos de citar.

Los historiadores no están generalmente de

acuerdo al juzgar el carácter y las cualidades de los príncipes, ni al apreciar los sucesos históricos; pero no sucede lo mismo respecto de Juan sin Tierra, pues tanto los autores antiguos como los modernos, así católicos como protestantes, condenan unánimemente la perversidad de este Monarca.

No podía ser de otra manera, porque Juan sin Tierra mostró palpablemente su perversidad en los medios que empleó para ceñirse la corona y para engrandecer sus Estados, en su infame política y hasta en sus desavenencias con la Santa Sede.

Juan sin Tierra, en efecto, se rebeló contra su padre, trató de destronar á su hermano Ricardo, Corazon de Leon, mató por sí mismo á su sobrino Arturo de Bretaña, y tuvo encerrada en una prision á su sobrina Leonor durante toda su vida, para asegurar su sucesion á la corona de Inglaterra.

Al fin, por muerte de Ricardo I, y á falta del príncipe Arturo, logró colocarse en el trono; pero al mismo tiempo que trató de extender sus dominios con tanta injusticia como violencia, perdió las posesiones de su padre en Normandía, y los Estados de su madre, de que se apoderó Felipe Augusto.

Más tarde las dificultades que surgieron entre Roma é Inglaterra, con motivo de la presentacion de un Obispo, encendieron en el Monarca inglés tal ódio contra la Santa Sede, que, descargando todo el peso de su resentimiento sobre los monjes de Cantorbery, cuyos diputados en Roma habian elegido para el obispado en cuestion al cardenal Langton, en oposicion al candidato presentado por el Rey, expulsó á aquellos religiosos de su iglesia y se apoderó de los bienes del arzobispado.

En seguida escribió al Papa en términos inconvenientes, diciéndole que no podia reponerse de la sorpresa que le habia causado ver al Sumo Pontífice y á toda la corte romana olvidarse al parecer de lo útil que les era en amistad; que sacaban más beneficio de su reino que de todos los demás Estados cisalpinos; que si la eleccion del obispo de Norwíck no era ratificada en Roma, impediría á sus súbditos llevar allá las riquezas que él necesitaba para rechazar á sus enemigos, que eran allí tan protegidos, y que Inglaterra se abstendría de ir á buscar entre los extranjeros, tan mal dispuestos en su favor, la justicia y las luces que podia hallar en sus propios Prelados.

El Papa Inocencio contestó al Rey con gran

moderacion, justificándose del cargo que le hacia de no haber esperado su consentimiento para la eleccion del cardenal Estéban, declarando que le habia pedido á pesar de que no estaba en uso aguardarle para las elecciones que se hacian en Roma, y, por último, exhortaba al Rey á que no resistiese al Señor y no reprodujese las costumbres fatales que su padre y su hermano habian abolido.

El Padre Santo escribió al mismo tiempo á los obispos de Londres, de Worcester y de Ely, previniéndoles que si á pesar de sus amonestaciones no recibia el Rey al arzobispo Estéban, pasiesen á toda Inglaterra en entredicho general de las funciones eclesiásticas, excepto el bautismo para los niños y la penitencia para los moribundos, y, por último, anunciaba al Rey mayores penas si no cedia en su oposicion á la autoridad de la Santa Sede.

Los tres Obispos, obedeciendo las órdenes del Papa, se presentaron al Rey y le suplicaron con lágrimas en los ojos que asegurese su autoridad y su salvacion evitando el entredicho; pero el Monarca les interrumpió furioso, profirió mil injurias contra el Papa y los Cardenales, y en los términos blasfemos que le eran familiares, juró que si alguno de sus Obispos osaba

publicar el entredicho, le enviaria á Roma con todos los demás Prelados y el clero, le despojaría de sus bienes, y haria sacar los ojos y cortar la nariz á todos los romanos que se hallasen en sus Estados, y añadió: "Ojalá pudiese hacer distinguir de todas las demás naciones, con esta señal de infamia, á todo ese pueblo detestable." Por último, mandó á los tres Prelados que se alejasen de su presencia si querian salvar sus vidas.

Retiráronse los Prelados, mas no les impidió el temor cumplir las órdenes del Papa, pues el lunes de Pasion pusieron en entredicho á toda Inglaterra, saliendo inmediatamente del reino para sustraerse al furor del Rey.

El entredicho, no obstante, se observó fielmente, y sus efectos causaron tal impresion en los fieles, que el Rey, ó arrepentido ó acobardado, envió emisarios al Papa para tratar de la paz; pero el Monarca no supo dominar los ímpetus de su carácter, y despues de dilatar las negociaciones, rompió de nuevo con Roma.

Al cabo de dos años, el Padre Santo excomulgó al rey de Inglaterra; y aunque no se halló un Obispo que se atreviese á publicar el anatema, la terrible sentencia se divulgó de boca en boca por todo el reino, y alguno hubo que fué muerto

de órden del Rey por el solo delito de haber comunicado la noticia.

“Por otra parte, el rey Juan, dice Fleury, se habia hecho odioso, no solamente á los eclesiásticos de su reino, sino tambien á la nobleza, al pueblo y á todos sus súbditos, por sus crueldades, sus exacciones y sus desórdenes.”

Al fin el gobierno tiránico de Juan sin Tierra sublevó contra él á los grandes del reino, que pidieron al Papa y obtuvieron los absolviere del juramento de fidelidad y designase á Felipe Augusto para que le sucediese en el trono.

No obstante, como el Papa deseaba principalmente la conversion del rey Juan, le envió un Legado que tratase de reconciliarle con la Iglesia, como lo prometió, ofreciendo ademas rendir vasallaje al Papa; pero se dice que al mismo tiempo envió secretamente una embajada al rey de Marruecos, ofreciendo someterle su reino, pagarle tributo y hasta hacerse musulman si le enviaba socorros.

Por otra parte, impulsado por el deseo de vengarse de los grandes del reino, hizo á sus propios súbditos una guerra de exterminio al frente de un ejército formado con el desecho de diversos paises:

Los ingleses opusieron de nuevo el rey de Francia al rey de Inglaterra, y Juan, despues de haber sido vencido en la batalla de Bovines y en varios encuentros, murió odiado de todo el mundo, maldecido por sus propios súbditos, manchado con todas las infamias que engendran la lascivia, la embriaguez y la crueldad, y capaz, al decir de sus súbditos, de infestar el infierno mismo, como habia infestado á Inglaterra.

Anglia sicut adhuc sordet fœlore Johannis sordida fedatu fœdante Johanne gehenna. (1).

II.

Othon IV, el Soberbio, emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1218 DE N. S. JESUCRISTO.)

La guerra de sucesion suscitada en Alemania á la muerte de Barique VI, el Cruel, entre los

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL, *Historia general de la Iglesia*, lib. XXXIX.

dos pretendientes á la corona imperial, Felipe duque de Suabia, y Othon, duque de Aquitania, dieron una tregua á la lucha entre el Pontificado y el imperio, pero no la paz duradera, tan necesaria á la Iglesia y á los Estados alemanes.

El emperador Enrique VI, aspirando á hacer hereditaria la corona en su familia, habia hecho se jurára á su hijo Federico rey de romanos. A la muerte del emperador, su hermano Felipe apoyó la causa del príncipe niño, que solo contaba tres años, y escribió á los príncipes del imperio excitándoles á permanecer fieles á su juramento, y ofreciéndose á aceptar la tutela hasta la mayor edad del Rey.

Sin embargo, el tiempo le demostró la imposibilidad de hacer triunfar la causa de su sobrino, y él mismo se hizo elegir Rey el año 1198. A los pocos meses Othon IV, apoyado por un partido fuerte y poderoso, era elegido tambien y coronado en Maguncia, y Alemania quedó dividida en dos grandes partidos, que llevaron á todas las provincias los desastres de la guerra civil.

Tanto Felipe como Othon, trataron de atraer al Papa á su partido. Inocencio III, que entonces gobernaba la Iglesia, rogó á los príncipes y á los Prelados dirimiesen aquella contienda; pe-

ro como nada hicieron y el peligro aumentaba, envió un Legado á Alemania para que excitára á los Estados á elegir un soberano ó á someterse á la resolución de la Santa Sede; añadiendo que si nada resolvian, se decidiria en favor de Othon, y le llamaria á Roma para coronarle Emperador.

Cuando Inocencio III se convenció de que sus consejos y los esfuerzos de su Legado eran inútiles, ordenó á los Estados alemanes, bajo pena de excomunion, reconociesen la autoridad de Othon IV.

La resolución del Papa tampoco dió la paz á Alemania, y la guerra continuó hasta que el pretendiente Felipe fué asesinado en su propio lecho por un conde palatino. Solo entonces fué reconocido en toda la Alemania Othon IV, que despues de recorrer todas las provincias del imperio para hacer renacer la confianza entre sus súbditos, marchó á Roma para recibir la corona de manos del Papa,

El Padre Santo salió á recibir al Emperador hasta Viterbo, dando uno y otro, felices al verse despues de una guerra tan larga, sostenida con tanto empeño, se abrazaron con efusion.

Othon, ántes de ser coronado en San Pedro, contrajo con la Santa Sede un compromiso for-

mal, ratificando el acta que habia firmado en Spira, y en el que prometia al Papa y á sus sucesores obediencia, sumision y respeto; renunciaba á toda intervencion abusiva en la eleccion de los Obispos, aceptaba sin restriccion alguna las apelaciones de la Santa Sede, renunciaba á los espolios, se comprometia á secundar á la Iglesia contra los herejes, á dejar al Pontificado el dominio de todas las provincias que habia adquirido de los Emperadores, y á protegerle en sus trabajos para recobrar lo que se le habia arrebatado.

Las declaraciones de Othon no podian ser más satisfactorias ni más conformes á los derechos de la Santa Sede; pero el Emperador prometió mucho y no cumplió nada, pues con el tiempo se mostró hostil á los intereses de la Iglesia, y al fin encendió de nuevo la guerra entre el Pontificado y el imperio con sus usurpaciones y la violacion de los tratados.

En efecto: Othon, no solo no restituyó los dominios de la princesa Matilde, sino que ocupó una gran parte de los Estados del Pape, tratándolos como feudos suyos.

Inocencio III recordó al Emperador sus promesas, empleó la persuasion, y apuró, en una palabra, cuantos medios le dictó su prudencia;

pero todo fué en vano, y el día de Jueves Santo del año 1211 el Papa lanzó la excomunion contra Othon IV, "que habia renegado de los nobles sentimientos de sus padres, violado la fé jurada, retenido en su poder á Viterbo y otras ciudades cedidas por sus predecesores á San Pedro, y que se preparaba á hacer la guerra al rey de Sicilia."

Finalmente, el Papa desligó á los súbditos de Othon del juramento de fidelidad que le habian prestado, y desde entonces comenzó el castigo del Emperador y su ruina:

Al poco tiempo formóse un partido hostil al Monarca, y muy poderoso, que resolvió llamar á Federico II á Alemania.

Othon se apremió á pasar los Alpes, marchó á Alemania, reunió varias asambleas y celebró solemnemente su matrimonio con Beatriz; pero habiendo fallecido esta princesa á los cuatro dias de casada, el pueblo vió en esta muerte súbita el dedo de Dios, los bávaros y suevos abandonaron durante la noche el ejército del Emperador, y Federico II llegó á Alemania y fué generalmente reconocido Emperador, mientras que Othon IV, obligado á huir, era perseguido por su rival hasta Brunswick. Allí y apoyándose en el Noroeste de Alemania, hubiera podido Othon

IV sostenerse largo tiempo; pero en vez de prepararse contra su competidor, se comprometió en una guerra con Francia, que terminó con la derrota del Emperador excomulgado en la sangrienta batalla de Bovines.

Aquel mismo año volvió Othon á probar fortuna contra el arzobispo de Brema y el rey de Dinamarca, aliado de Federico; mas esta campaña fué para él tan funesta como la anterior, y fatigado de una lucha sin resultados, se retiró á sus Estados hereditarios, donde acabó sus días en el olvido, el silencio y la soledad, y sin dejar sucesores.

Algunos autores dicen que, lleno de desesperación y consumido por la melancolía, se hizo ahogar por su cocinero, que le estranguló oprimiéndole la garganta con el pié (1).

(1) Crantz 1, 7, *Saxon*, 37, citado por Morery.

III

Pedro de Vignes, canceller de Federico II, emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1249 DE N. S. JESUCRISTO)

Pedro de Vignes, hombre de claro talento, de gran elocuencia y de una erudición vastísima, sirvió con gran celo á su señor Federico II en sus diferencias con los Papas Gregorio IX é Inocencio IV, escribiendo con este fin, y para controvertir los derechos más sagrados del Pontificado, una obra titulada *De potestate imperialis*, cuyo fin principal era separar los dos poderes, espiritual y temporal. De esta manera, Pedro de Vignes fué el confidente y traductor de los planes ambiciosos y de las declamaciones de Federico II contra los Papas, siendo tambien como canceller del imperio el primer cómplice de las amargas y persecuciones que bajo el reinado de aquel impío Monarca afligieron á los Papas y á toda la cristiandad.

Pedro de Vignes recibió muy pronto el castigo de su crimen. Acusado de haber tratado de inclinar al médico de Federico II para que diera á este un veneno, y descubierta la intriga por el Emperador, mandó sacarle los ojos y pasearle por varias ciudades, y que se lo entregaran por último á los habitantes de Pisa, con quienes habia cometido las mayores crueldades, y que eran sus más encarnizados enemigos; pero la última parte de la sentencia no pudo ejecutarse porque Vignes se dió la muerte destrozándose el cráneo contra un poste, al cual le tenían asado (1).

IV.

Federico II, emperador de Alemania.

(MURIC AÑO 1250 DE N. S. JESUCRISTO)

El nombre de este Monarca, á quien los historiadores califican de cruel, licencioso, poco

(1) RIGAUD: *Fin tragique des persecuteurs de l'Eglise*, parte 3.ª cap. VI.—MORERY: *Dict. Histor.*

exacto en el cumplimiento de su palabra, y de impío hasta el aticismo, recuerda por sí solo uno de los períodos de la historia más difíciles para el poder temporal de los Papas.

Elegido Emperador en oposicion á Othon, enemigo de la Iglesia, y aprobada su eleccion por el Papa Inocencio III, fué coronado en Aix-la-Capelle; pero queriendo rodear su autoridad de mayor prestigio, marchó á Roma, donde le coronó de nuevo el Pontífice Tenorio III, protestando por su parte Federico restituir al Pontificado todos sus dominios, y abolir todas las leyes contrarias á la libertad de la Iglesia.

No obstante, la ambicion de Federico comenzó á acariciar bien pronto la idea de la dominacion universal, y olvidándose de sus promesas y creyéndose ya señor del mundo, no solo mandó á su canceller que diera á los demás Monarcas de Europa el título de *Rey de provincia*, sino que quiso levantar de nuevo el trono de los Césares y establecer en Roma la capital de su imperio sobre las ruinas del poder temporal de los Papas, siendo en el Capitolio el señor de mundo, y el Papa en el Vaticano el rey de las almas.

Federico puso por obra la realizacion de sus proyectos, encabriendo su ambicion con infame

hipocresía y dando las mayores muestras de filial sumisión y de profundo respeto al Papa Honorio III; pero mientras llamaba al Pontífice su señor y su Padre, violaba los derechos garantidos á la Santa Sede, y Pedro de Vignes, su canceller, escribía una obra que separaba los dos poderes, espiritual y temporal.

Gregorio IX, sucesor de Honorio III, excomulgó al usurpador, que ridiculizó las censuras de la Iglesia, y dirigió dos nuevos ataques contra el patrimonio de San Pedro. Primeramente, procuró suscitar una rebelion en Roma, por medio de agentes secretos, que se valieron de la mayores intrigas para ganarse á los grandes y á los nobles, y pedir con sus conciudadanos la anexion de sus provincias al imperio de Alemania; pero viendo que nada conseguia por la astucia, apeló á la fuerza é invadió los Estados de la Iglesia con un ejército compuesto en su mayor parte de sarracenos, llevándolo todo á sangre y fuego.

Gregorio IX excomulgó de nuevo al Emperador, que, obligado por las circunstancias, se reconcilió con el Papa para marchar á Alemania á sofocar una rebelion, capitaneada por su hijo Enrique, á quien encerró en una prision, castigando severamente á los conjurados. Pa-

cificado el imperio, comenzó Federico con nuevo ardor la guerra que tenia declarada á la Iglesia; escribió varios libelos contra el Papa y áun contra la Religion, y ocupó otra vez la Italia, anegando en sangre sus provincias, y sembrándolas de ruinas.

El Papa lanzó contra él por tercera vez el terrible anatema de la excomunion. Federico, para vengarse, expulsó de su imperio á los religiosos franciscanos y dominicos, se arrogó el derecho de nombrar obispos para las Sedes vacantes, saqueó los templos, persiguió á los sacerdotes y á los monjes, y prohibió á sus súbditos fueran sin su permiso al Palacio de los Papas. Además envió embajadores á todas las córtes de Europa con la mision de acusar á Gregorio IX de ser un obstinado y una causa continua de discordias.

Por aquella época, y con motivo de la guerra infame iniciada por Federico II contra la Iglesia, se dividieron las ciudades de Italia en dos bandos, que, con los nombres de Güelfos y Gibelinos, asolaron con sus sangrientas luchas por mucho tiempo la Península.

No contento aún el Emperador, impidió la celebracion de un concilio convocado por Gregorio IX, haciendo que su hijo natural Enrique, rey de Cerdeña, se apoderase de las galeras que

conducian á los Prelados, á quienes envió á Federico en calidad de prisioneros, en union de tres Cardenales, Legados del Papa, que murió de pesar al saber aquel atentado.

Celestino IV, que sucedió á Gregorio IX, solo reinó diez y ocho dias, é Inocencio IV, que ocupó despues la Silla de San Pedro, se refugió en Francia y convocó un Concilio en Lyon ante el cual citó al Emperador. Federico mandó en representacion suya á uno de sus consejeros, que le defendió en el Concilio con gran elocuencia; pero como su causa era mala, fué excomulgado y privado de la corona. Hallábase el Emperador en Turin, cuando supo esta noticia, y lleno de cólera, dijo irónicamente: "Este Papa me ha quitado la corona;" y haciendo que le presentasen sus coronas, añadió colocándose una de ellas sobre la cabeza: "Ved si he perdido la corona; no, no, yo no he perdido todavía mi corona." Poco tiempo despues lanzaba sobre Italia un ejército que cometió en todas partes las mayores crueldades.

Pero la hora de la justicia de Dios habia sonado ya. El año 1248, Federico II fué derrotado delante de Parma por las ciudades de Lombardia aliadas, y aquella misma corona que habia puesto sobre su cabeza, burlándose de su

deposicion por el Papa, cayó en poder de un hombre llamado Piernas-Cortas, por su pequeña estatura, y que fué paseado en triunfo por la ciudad llevando sobre sus sienes la corona de Federico, y siendo aclamado por el pueblo, que profetia contra el Emperador los mayores insultos. Por último, Federico II, considerado como impío por todos los príncipes y odiado de los alemanes, que eligieron contra él á Enrique de Turingia, no pudo hacer la guerra de exterminio que preparaba para vengar su derrota y su afrenta.

El 13 de Diciembre de 1250, este príncipe sin ventura, que destinó los vasos sagrados á los usos de su cocina; que esparció al viento las cenizas de los Santos; que hizo morir en las llamas á muchos sacerdotes, y que acababa de arastrar, atado á la cola de su caballo, al santo obispo de Arezzo, abrumado de pesadumbre y abandonado de todo el mundo, murió, segun algunos, ahogado en su lecho por su hijo natural Manfredo.

La descendencia de Federico desapareció bien pronto de la haz de la tierra, pues todos sus hijos tuvieron una muerte tan temprana como desastrosa. El rey Enrique, su hijo mayor, encerrado en una prision por su padre, recibió la

muerte de una mano desconocida aún. Conrado, su segundo hijo legítimo, fué envenenado por Manfredo, hijo natural del Emperador. El mismo Manfredo fué muerto en una batalla, y Coradino, último vástago legítimo de Federico II, murió sobre un cadalso á la edad de diez y siete años (1).

V.

Juan de Colonna, cardenal de la Santa Iglesia.

MURIO SIGLO XIII DE N. S. JESUCRISTO.—(SE IGNO-
RA EL AÑO.)

En la época en que el impío Federico II hizo á la Iglesia por espacio de treinta años una guerra de exterminio, no faltó á la Iglesia un nuevo Judas que la señalase á sus enemigos. En efecto, el cardenal Juan de Colonna signó el

(1) MOBERY: *Dict. Histor.*—RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de l'Église*, parte 3^a cap. VI,

partido del impío y sacrilego Felipe II, secundó sus planes contra la Iglesia, le ayudó con sus consejos en sus maquinaciones contra el Papa, y hasta se le vió más tarde mandar las tropas del Empeador contra la Santa Sede.

Juan de Colonna terminó su vida encerrado en un calabozo (1).

VI.

Jacobo de Hungría, hereje.

(MURIO AÑO 1232 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apenas había terminado con la muerte funesta de Federico II la persecucion que hizo á la Iglesia durante su reinado este príncipe impío y ambicioso, cuando la herejía suscitó una guerra contra el dogma por medio de la secta de los pastores, que tuvo su origen en Hungría.

El fundador y jefe de esta herejía fué un monje cisterciense, llamado Jacobo, hombre há-

(1) RICARD, *Fin tragique des persecuteurs de l'Église*, parte 3^a cap. VI.

bil é instruido, que hablaba con perfeccion el latin, el aleman y el francés, y que posela en alto grado el don de gentes.

Con motivo del cautiverio de San Luis, este fraile apóstata comenzó á anunciar que habia recibido de Dios la mision de libertar la Tierra Santa, y al efecto predicó una cruzada, pero no entre los grandes y los nobles, sino entre el pueblo, á fin, decia, de que el poder de Dios se manifestase por la debilidad de los medios ó instrumentos de que se servia. Por otra parte, afirmaba estar en comunicacion permanente con la Santísima Virgen y contar con la proteccion divina.

Sus vehementes discursos strajeron á sus banderas una muchedumbre de pastores, labradores y obreros, que organizó militarmente, y que mal armados atravesaron con Jacobo la Alemania y se dirigieron á Francia en número de treinta mil hombres.

El cautiverio de San Luis y los rumores que corrieron de su muerte, despertaron en su reina el desco de la venganza; y Jacobo, aprovechando esta agitacion, declaró que además del proyecto de libertar á Tierra Santa, tenia el de rescatar al Rey, ó vengar su muerte.

Mientras que el mayor número de sus secu-

ces volvía á Picardía y fijaba en Amiens su centro de accion, Jacobo se dirigia á Paris, donde predicó en el mismo sentido, revestido de los ornamentos sacerdotales, y logró reclutar en poco tiempo hasta cien mil hombres.

En seguida dividió sus fuerzas en varios cuea-
pós, que debian embarcarse en distintos puertos del mar, y el mismo Jacobo marchó con una fuerte division á Orleans, donde el pueblo los acció con entusiasmo, aunque el obispo Guillermo de Bassy se oponia ya á los planes de aquella seta inquieta.

De Orleans marchó Jacobo á Bourges; pero la actitud del país cambió de repente respecto á los *pastorales*. La reina Blanca, regente del reino en ausencia de su hijo, y los Obispos, se pronunciaron tambien resueltamente contra aquella turba de fanáticos, que iba sembrando por todas partes la agitacion, el robo y el asesinato, y las poblaciones todas comenzaron á serle hostiles.

La reina, no solo los hizo denunciar como ex-
comulgados, sino que mandó fuesen perseguidos y batidos, y al poco tiempo el pueblo de Bourges salió en su persecucion, y los alcanzó cerca de la ciudad.

Jacobo, que se hallaba predicando en aquel momento con su acostumbrada osadía fué aco-

metido por un carnicero, que le quitó la vida, dándole un hachazo en la cabeza. Al mismo tiempo las gentes de Bourges caían sobre los demás sectarios, que huyeron á la desbandada, siendo perseguidos, acosados y muertos en todas partes como los animales dañinos. Los pocos que pudieron escapar se refugiaron en la Gran-Bretaña, donde, aborrecidos de todo el mundo y disgustados con el que los conducía, le hicieron pedazos.

Poco tiempo despues no quedaba ya vestigio alguno de esta secta (1).

VII.

Ezzelino de Romano.

(MURIO AÑO 1259 DE N. S. JESUORISTO)

Ezzelino de Romano, cuyas violencias é impiedades hicieron crecer á las gentes que habia

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL, lib. XI.

sido engendrado por el demonio, fué uno de los principales cooperadores de Federico II, emperador de Alemania.

Afiliado al partido de los Gibelinos, los condujo muchas veces á la victoria; pero atento despues á su interés propio, se hizo dueño de Verona, de Pádua y de otras ciudades de Italia donde ejerció la más odiosa tiranía, confirió por sí y ante sí los beneficios eclesiásticos, y profanó las cosas más santas.

Era tan fanático por la astrología, que no emprendia nada sin consultar con cuatro astrólogos que le seguian á todas partes el día y hasta la hora en que debía ejecutarlo. Su crueldad era tal, que, irritado un dia contra la ciudad de Pádua que se levantó contra él, hizo morir á doce mil de sus habitantes.

Los Papas Gregorio IX, Inocencio IV y Alejandro IV, cuya autoridad ultrajó repetidas veces en la persona de sus Legados, lanzaron contra él los anatemas de la Iglesia, é hicieron predicar una cruzada contra aquel tirano.

Finalmente, aliadas contra él todas las ciudades de la Marca y los príncipes de Lombardia, se apoderaron del tirano cuando se dirigia

á atacar á Milan, y le llevaron á Soncino, donde murió desesperado (1).

VIII

Enrique ó Encio, rey de Cerdeña.

(MURIO AÑO 1272 DE N. S. JESUCRISTO.)

Enrique, hijo natural de Blanca, marquesa de Monserat, y del emperador Federico II, que le elevó al trono de Cerdeña, cuyas provincias habia arrebatado á la Santa Sede, heredó todo el odio que profesaba su padre al Pontificado, y fué uno de sus cómplices principales en la terrible persecucion que hizo aquel Emperador á la Iglesia y al Pontificado.

Así es que el nombre de Encio figura muchas veces al lado del de Federico II en la historia de las violencias de este ambicioso Monarca, y

(1) MORERY; *Diccionario Histórico*.

muy especialmente en el inaudito y sacrilego atentado cometido contra los Padres de un Concilio.

En efecto; habiendo declarado Federico I, despues de excomulgado por el Papa, que estaba pronto á justificarse ante un Concilio, hizo Gregorio IX la convocacion para Roma: pero el Emperador faltó á su palabra, y no solo disuadió á muchos Prelados de asistir á aquella augusta asamblea, sino que resolvió impedir por la fuerza llegáran á su destino los que acudieron al llamamiento del Sumo Pontífice.

Encargado Encio de la ejecucion de las órdenes del Emperador su padre, salió al encuentro de las galeras que conducian á los Prelados españoles, franceses é ingleses, echó tres de ellas á pique, y envió algunos Obispos á su padre Federico II en calidad de prisionero, con los tres Cardenales Legados del Papa, que al poco tiempo murió de pena.

Tamaño atentado no podia quedar impune, y Enrique, que habia seguido siempre la inculta política de su padre, le siguió tambien en su desgracia.

El año 1248 Federico, que tenia sitiada á Parma, fué derrotado en una salida que hicieron los sitiadores, perdiendo su ejército y su trono, y al

año siguiente Enrique fué tambien vencido y hé-
cho prisionero por los de Bolonia, que le tuvie-
ron cautivo hasta que murió, añadiendo algunos
historiadores que pasó su cautiverio encerrado
en una caja de hierro (1).

IX.

Tadeo de Suessa, consejero imperial de Alemania.

(MURIO AÑO 1245 DE N. S. JESUCRISTO.)

Cuando Federico II, despues de sus violencias
contra la autoridad de la Iglesia y la persona de
los Papas, fué citado por el Sumo Pontífice In-
cencio IV ante el Concilio de Lyon, Tadeo de
Suessa fué el que compareció ante aquella augus-
ta asamblea para representar al Emperador, á
quien defendió, empleando todos los recursos de
su oratoria.

(1) RICARD; *Fin tragique des persecuteurs de l' Eglise*

Aquel mismo año en que Tadeo defendió la po-
lítica inicua de su señor, fué éste derrotado de-
lante de Parma, y Tadeo cayó en poder de los
vencedores, que le cortaron las manos e hicieron
pedazos su cuerpo (1).

X.

Gerardo Segarelli, hereje.

(MURIO AÑO 1300 DE N. S. JESUCRISTO.)

La pretension fingida de devolver á la Iglesia,
á pesar de la extension y engrandecimiento que
habia alcanzado en la Edad Media, la organiza-
cion de los primeros siglos, extravió á muchos
fanáticos, dando lugar á una nueva herejía, cuyos
sectaces se llamaron hermanos apostólicos,

Su fundador, Gerardo Segarelli, era un jóven
inquieta, natural de Parma, á quien los franci-

(1) RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de l' Eglise*
parte 3, ^{ra}, cap. VI.

canos se negaron á admitir en su Orden, y que en su loca presuncion se creyó llamado á reformar la Iglesia.

Segarelli admitia en su secta á las mujeres, que llamaba hermanas espirituales, y sus dogmas permanecieron ocultos misteriosamente por largo tiempo. Esta secta autorizaba el perjurio, profesaba las más criminales extravagancias y creia que había llegado ya la época del reinado de Dios.

Además, las relaciones de los iniciados entre sí, revelaban una repugnante inmoralidad.

Desde 1286 á 1290 fueron condenados varias veces por el papa Nicolas IV los errores de Segarelli que despues de retractarse volvió á incurrir en ellos, hasta que fué condenado á muerte (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog cath.*

CAPITULO CUARTO.

SIGLO XIV.

SUMARIO.—I. Dulcino, hereje.—II. Guardo, hereje.—III. Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia.—IV. Guillermo de Nogaret.—V. Estéban Colonna.—VI. Pedro de Flotte.—VII. Waltero ó Walter, hereje.—VIII. Andrónico II, emperador de Oriente.—IX. Pedro Reina-llucci, ó Corbario, antipapa, llamado Nicolás V.—X. Luis IV, emperador de Alemania.—XI. Nicolás Riezí.—XII. Bertoldo de Rohrbarruh, hereje.—XIII. Juan de Auberton.—XIV. Juan Wiclef.—XV. Carlos III, llamado de la Paz, rey de Nápoles.—XVI. Roberto de Ginebra, antipapa bajo el nombre de Clemente VII.

L

Dulcino, hereje.

(MURIO AÑO 1307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Así como el Sacro Imperio pasó de Francia á Alemania, y de protector de la Iglesia se convirtió en su más encarnizado enemigo, del mismo modo heredó Francia de Alemania, bajo el